

Silvio Vietta (2004): Hans-George Gadamer.

*Hermenéutica de la Modernidad.*

Conversaciones con Silvio Vietta

Madrid. Editorial Trotta. Mínima Trotta. 112 pp.

Por Alexander Rodríguez\*

*“Pero, ¿cómo sabría yo si dice verdad? Y si esto supiese, ¿acaso lo sabría de él? Sí; allá dentro, en mi intimidad, en el aposento de mi pensamiento, la Verdad, que no es hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, me diría, sin órganos orales ni lenguajes, sin chasquido de sílabas consonantes: <Dice verdad>. Y yo al momento, con impugnable certidumbre, a aquel varón vuestro le diría: <Dices la verdad>”*

San Agustín. Confesiones XI, 3.

El Dr. Silvio Vietta ha sido profesor en Heidelberg, Tubinga, Mannheim y Bambergse, actualmente se encuentra establecido en la Universidad de Hildesheim Alemania como profesor emérito; es autor de una nutrida lista de trabajos en los cuales prevalece el tratamiento de la Literatura, así como reflexiones en torno al lenguaje y la estética, haciendo un tratamiento de tales temáticas en épocas como el Renacimiento, el Romanticismo y la Modernidad, lo cual le ha hecho merecedor del Premio Friedrich Nietzsche en el año 2006. Actualmente su línea de investigación y enseñanza es la de Historia de la Estética Moderna.

Vietta tuvo oportunidad de encontrarse con Gadamer y establecer el diálogo motivo de ésta reseña un año antes de su desaparición física, con lo cual se ha dejado plasmado un testimonio vívido de la lucidez que acompañó durante toda su vida a este testigo presencial de la totalidad del siglo XX. Vietta ha tenido la oportunidad de conocer tanto a Heidegger como a Gadamer debido a la relación de su padre con el mundo académico, razón por la cual se convierte en un excelente interlocutor, sobre éstos señala en las páginas preliminares a las dos conversaciones que conforman el libro:

“La mirada de Heidegger... tenía algo de visionaria... cuando aclaraba un asunto filosófico,

---

\* Universidad Central de Venezuela

como el de la fenomenología, su mirada no se dirigía tanto al interlocutor como a aquella forma espiritual sobre la cual había puesto los ojos y que pretendía explicar” (29); por otro lado, “La mirada de Gadamer en la conversación siempre se dirigía al interlocutor. Su mirada permanecía en el espacio en el cual transcurría el diálogo... y se dirigía al interlocutor como un foco que investiga algo” (29).

En la estructuración del libro Silvio Vietta ha querido ser fiel al estilo propio de la conversación, sin embargo se ha optado en el caso de esta reseña por articularlo en tres secciones que han intentado captar el movimiento propio de *La Conversación* en el caso de la primera parte, con la pretensión de reflejar en las dos últimas dos aspectos considerados relevantes: *La Figura de Heidegger* y el tema de la *Estética*.

### *La Conversación*

Acerca de la conversación Gadamer dice que descubrió, no sin sorpresa, que tenía talento para ello, y de tal cosa se percató al verse en la necesidad de dictar “clases magistrales sin manuscrito”. Vietta señala en consonancia con tal espíritu: "es hermoso cuando la vida de pronto extrae algo de nosotros que ni siquiera conocíamos" (67). Dicho esto no será sorprendente la manera en que ésta se apodera de los protagonistas de un diálogo que transita desde las vicisitudes de un Gadamer debido a su origen humilde, pasando por datos íntimos de su formación personal y académica, e incluso con elevadas consideraciones en torno a la historia del arte. Vietta ha esbozado sin embargo un posible camino que le llevaría a transitar por las sendas de la *Hermenéutica* y la *Modernidad* como medio para aterrizar en la proyectada indagación en torno a la *Estética en la Modernidad*. Cuestionado acerca de la influencia que tal contexto histórico pudiese haber ejercido en el seno de la cultura europea, Gadamer coloca a la *Física del Renacimiento*, como responsables de haber transformado los ámbitos político y religioso. En cuyo fuero se produce una ruptura debido a la *matematización de las ciencias*, reconociendo a Heidegger el haber devuelto vitalidad a la física aristotélica con su particular interpretación fenomenológica.

Es preciso tener en cuenta que al referirse a éste lo hace a propósito de su interesante manera de "conversar consigo mismo", -ello en contraste con lo que dirá de si mismo: “Me parece absurdo... Escucharme a mi mismo” (99); ello a propósito del material audiovisual producto de su constante presencia en los medios de comunicación, ante los cuales siente reserva, en parte por *desconocimiento* de los *artilugios técnicos*, aunque también a causa de

la “negligencia y pérdida de criterios” patente en los mismos; claro está, en aulas de clase y conferencias, dialogando, abriendo caminos, entre los cuales Gadamer se sintió atraído particularmente hacia los senderos de la “facticidad”, aunque declarando sentirse avasallado “por una fuerza de pensamiento tan superior” (38). A este respecto Gadamer hace una interesante confesión respecto a un seminario sobre la *Ética nicomaquea* presidido por Heidegger en el año de 1923: “para mí se trataba de algo distinto que para Heidegger, quien luchó parte de su vida contra la incredulidad. Para mí se trataba del hombre que comprende al otro” (39)

Vietta invoca la cercanía existente hasta 1800 entre filosofía y ciencias naturales, acusando una fuerte presencia de un exceso de *cálculo y sistematicidad*, y, con ello, de un pensamiento que busca afirmar en el caso de la segunda; Gadamer señalará a propósito de ello que: “la vida en común siempre exige formas... esas formas no son únicamente teóricas. No se lo puede decir con exactitud” (49). En lo cual puede vislumbrarse quizá, la presencia de la concepción de la aristotélica *phronesis*, tan importante a propósito de su propuesta hermenéutica. Esa disposición que encarna la deliberación en el hombre y con ello la posibilidad de *preguntar*, ello dicho por un hombre que expresa: “aprender a preguntar es la tarea de la filosofía” (53), en contraste con un modelo de pensamiento que busca *afirmar*. Dirá Gadamer: “con mi propio estilo espero yo, por encima de todo, despertar preguntas en los demás” (56). En cuyo caso hace un interesante reconocimiento a América en la cual Heidegger veía erguirse la amenaza de la técnica, “¿Por qué tuve éxito allá? ¿Está claro! No quieren un pensamiento calculador” (60)

Ante esta intención de llevar el *pensamiento calculador* a su máxima expresión, Gadamer se expresa un poco incrédulo con respecto a la pretensión moderna de convertirse en *amos y señores de la naturaleza* por medio de una *técnica* armada con la *eficiencia* del *cálculo*, pues quien calcula podría ignorar una variable tan simple como el papel de la *familia* o la misma *muerte*: “nos asusta el hecho de que la muerte deje de ser incomprensible y de que se la pueda medir y predecir con exactitud” (45). De manera que la conversación permite indagar en la modernidad teniendo en cuenta la repercusión sociológica de una de sus pretensiones, la del *alargamiento de la vida*: “hasta ahora la muerte igualaba a todos, pero podría ser que por medio de esta nueva biología aparezca una desigualdad radical en el mundo” (46) Y, con ello, trastocarse no sólo la *comprensión* que

del mundo posee el hombre, sino su *hacer*, en este sentido apela a una noción como la de *aburrimiento*, que suele presentarse como un lugar común en consideraciones acerca de la posible concreción del *señorío del hombre* sobre una naturaleza que suele mostrarse como inacabada, invitando con ello a la *acción humana*.

### *La Figura de Heidegger*

Desde el principio ese solemne *hacer silencio* de un gran pensador como Gadamer demuestra la inmensa concepción que se ha figurado de Heidegger, a quien nombra no con poca nostalgia e ímpetu defensivo: "Heidegger fue con mi persona, y debo agradecerse mucho, tremendamente exigente" (56-57), quien llegó a tratarlo con tanta dureza como para decirle: "usted no sirve" (61), empujándolo así a emprender estudios de Filología Clásica. Sin embargo, esto no impide a Gadamer señalar en contraposición: "Alguien me pidió que interpretará poemas. Y yo confieso sin más que ese es el único aspecto en el cual quizás superé a Heidegger. Comprender lo que dicen los poemas" (72), pues en el caso de éste, tal cosa se daba con demasiada violencia "La sensibilidad para retraerse y confiarse al poema le faltaba de vez en cuando" (73)

Ante el recuerdo de su afinidad con el nazismo llega a acordar que ha sido en parte por orgullo, en parte por falta de experiencia en las "cuestiones políticas", expresará que: "ni siquiera podía resolver las cuestiones más básicas. Creía que sólo era cuestión de despachar algo, de firmar algo que había leído". Así pues, si de algo se ha encargado de tematizar Gadamer al asimilar en el concepto de *phronesis* aristotélica un modelo de *aplicación* para la filosofía hermenéutica, es de la importancia que tiene la *experiencia* para éste tipo de cuestiones. En tal sentido podría fungir como aclaratoria la posición de Gadamer con respecto a Weber, por quien habría sentido un gran respeto, pero quien habría: "vivido contra su propia moral" esbozando una "moralidad lúcida", Gadamer a propósito de una valoración en pos de lo ético con asidero en la estructuración dialógica humana señala: "No funciona tanta moralidad. Sobre todo hay que poseer una disposición a dialogar con otros... hay que conducir a las personas hasta sus propias preguntas. Yo no puedo confrontar a las personas con mis preguntas" (52)

En cuyo sentido cabe la anécdota que con respecto a Heidegger y "su lucha vital" se refiere, en cuanto a que siendo estudiante fue descubierto por un profesor leyendo "la crítica de la razón pura a escondidas", a propósito de no haber sido castigado por el

Arzobispo que le descubrió y no le castigo Gadamer señala que son pocos "los maestros que muestran tanta comprensión como él lo hizo" (55), un curioso dato teniendo en cuenta que le reprocha a éste el tener para con él una actitud tan severa.

### *La Estética*

Así pues, al introducir el tema de la estética, Vietta lo hace partiendo de las consideraciones que acerca de la obra de arte realiza Heidegger, colocando como epicentro la noción de "*aletheia*", Gadamer deja entrever su grata sorpresa al ver que Heidegger se interesará en algo que "venía haciendo desde hacía tiempo" (79). Pero ¿qué diría Gadamer al increparle con respecto a la belleza y su movimiento en las distintas épocas? "la belleza nos sale de tal manera al paso que nos quedamos parados, que ahondamos en ella" (80)

Vietta no se da por satisfecho ante esta confesión e invoca la novedosa presencia de lo feo como parte del arte moderno; pactando recorrer tales caminos, Gadamer evoca una exposición artística de "enfermos psiquiátricos", a cuya *experiencia* parece reconocer haber ampliado su visión de la belleza: "Aprendí a mirar. Aprendí a mirar lo bello en ellos" (82), Vietta continúa sin darse por servido con este tipo de consideraciones y acude a la presencia de un tema como la experiencia de la divinidad en la Literatura Moderna, ello a propósito de Kafka, un escritor verdaderamente oscuro, que como pocos ha reflejado ese carácter enigmático e inconciliable que muestra en ocasiones la vida, una vez más se muestra un Gadamer solemne: "diría que lo que aprendimos es precisamente que la realidad última que lo apresa a uno no puede expresarse con palabras. Uno enmudece" (84), enmudecer que es el *punto de partida* de la hermenéutica "que empieza allí donde la comprensión directa ya no se encuentra al alcance de la mano" (84).

De manera tal que ante un Vietta que parece colocar un gran acento en el carácter *secular* de la Modernidad se planta un Gadamer que resta importancia tanto a ésta como al carácter subjetivo de una construcción como el poema, en el cual puede prescindirse de ese otro que es el autor: "lo que hay de bueno en un poema que nos ha atrapado es que es algo que nos sigue acompañando. Y desde ahora eso nos pertenece. El otro ya no está presente" (86). Punto en el que confluyen tanto la experiencia de lo religioso como la del arte, y con ello, del hacer humano en general.